

La balada del destino

Verena Castelblanco



Capítulo 1

En el estadio de la bulliciosa ciudad de Pathreal, había mucho movimiento debido a que estaba por empezar el concierto de la cantante del momento. Keileen Janereis se encontraba en el meet & greet, es decir, tras bambalinas. Ella estaba sentada tras una mesa, estaba rodeada de sus guardaespaldas que usaban trajes oscuros. Quedaba el último fan que tenía la suerte de hablar con la cantante. Ella trató de responder las preguntas de su admirador y le autografió la foto de ella que él llevaba consigo.

—Ya es hora—dijo Roger, el mánager de Keileen, que usaba un traje negro y unas gafas oscuras.

Así, Keileen se tuvo que despedir del fan mientras éste se iba a disfrutar del concierto en primera fila. Era un muchacho de pelo castaño y bastante ondulado, era tan así que sus ondas caían por sobre su frente sin piedad alguna, era trigueño de piel y poseía un rostro apacible. Él usaba una polera con una fotografía de su rostro estampado en ella y unos jeans azulados que le quedaban ajustados. La cantante usaba un vestido fucsia que tenía escote en V, le acentuaba su cintura y le llegaba hasta debajo de las rodillas. Su maquillaje consistía en un sombreado de rosa pastel en sus párpados, que le combinaba con sus bellos orbes verdes, tenía una nariz respingada, y su rouge era rosa oscuro que le hacía juego con su vestimenta. Su cabello era azabache con un par de rizos y lo tenía hasta debajo de sus hombros. Usaba unos tacones negros. Ella salió al escenario y se escucharon ovaciones por todo el recinto. Se acercó al micrófono, lo tomó y saludó con carisma a la audiencia que se encontraba dentro de la arena. Esta gozaba de buena acústica, era una explanada amplia adaptada especialmente para conciertos debido a que tenía asientos para el público en todas las zonas de la instalación.

—Les cantaré una canción que fluyó dentro de mí. Se llama: “Verás mi dolor”

“Al cerrar tus ojos

Verás lo doloroso

Que fue mi pasado

Al estar a tu lado

La culpa fue compartida
Lo vívido que fue la risa
No se puede comparar
A los sueños dignos de admirar

Al cerrar tus ojos
Verás lo doloroso
Que fue mi pasado
Al estar a tu lado”

Keileen siguió deleitando con su magnífica voz y el público estaba emocionado, los aplausos iban y venían y pedían cada vez más las canciones favoritas, tales como: “llave de mi corazón”, “girasol dormido”, “corazón envenenado”, etc.

Al finalizar, los asistentes se iban retirando de sus asientos, mientras que Keileen y su staff permanecieron un rato más allí, para guardar los instrumentos musicales de sus amigos de la banda. Keileen creía con devoción que allá afuera algo la estaba esperando, pero ¿qué podría ser? Ella necesitaba un respiro, aprovechó que los guardaespaldas y asistentes estaban ocupados para salir a caminar por un momento. Keileen se excusó diciendo que necesitaba aire fresco y que se sentía ahogada, pero se negó a que los guardaespaldas la siguieran porque quería estar sola. Roger, un joven de veinticinco años, apuesto y con rasgos varoniles bien marcados, quiso ir tras ella, pero el baterista, Nikel dijo que lo mejor era darle su tiempo. El chico que tocaba la batería era el mejor amigo de ella, por lo cual la conocía desde infantes y sabía cuando ella estaba cansada. Y cómo no estarlo, si en verdad ella debutó a la edad de dieciséis años y su carrera no ha parado hasta el día de hoy que tenía dieciocho años. Nikel usaba una polera y unos jeans negros, al igual que sus otros amigos, que tocaban el bajo y la guitarra eléctrica.

Keileen fue al vestidor a cambiarse sus ropas por algo más cómodo. Escogió una polera manga corta, con una chaqueta negra, unos jeans y unas zapatillas cómodas para la ocasión. Obviamente a su outfit le agregaría unos lentes oscuros para pasar desapercibida. Luego, abandonó los dominios del estadio y salió sin más.

Caminó por un sendero tras el recinto. Seguramente ese camino la llevaría a lo que había estado buscando. Además, era una noche estrellada

perfecta según ella, debido a que el viento mecía sus ondas con delicadeza, le refrescaba el rostro, sentía el aroma de la tierra mojada pues había llovizado hace momentos atrás y la inspiración estaba en su punto más alto de la velada.

—Vaya, vaya... ¿qué hace una chica sola por estos lados?

Después de escuchar eso tras su espalda, la inspiración de Keileen se transformó en el máximo sentido de alerta. Ella estaba tan perdida en sus pensamientos y en sus anhelos que no dimensionó el sector adonde había llegado. Una zona que era famosa por los malos comentarios, entre asaltos, pandillas de delincuentes, asesinatos y misterios sin resolver. Sí, había llegado a la franja negra de Pathreal, como le solían decir a esos territorios. La oscuridad dominaba el paisaje, sólo una luz parpadeante de un poste iluminaba el lugar, el cual tenía un pequeño sector de campo por un lado y por el otro tenía un muro de cemento. No tenía escapatoria, debido a que sólo le quedaban dos opciones, seguir adelante adentrándose más en la franja o bien enfrentar a los malhechores.

Ella quiso ser valiente, se dio la vuelta y lo primero que vio fue a un grupo de siete hombres con camisas blancas y pantalones grises, que aparentaban tener entre veinte y veintiún años. Se acercó un joven rubio a ella, a sus ojos él no era nada atractivo, pues tenía ojos de color café, un mohicano rebelde, era de su estatura y quizás él había sido el que había hablado.

—¿Por qué no respondes? —dijo el rubio acercándose más a ella tomándole el brazo con rudeza.

—Suéltame —Keileen trató de zafarse del agarre del chico—. Me lastimas.

—Así que ahora hablas —dijo el rubio sin soltar su agarre.

Keileen no se había dado cuenta, pero los hombres la habían rodeado en un círculo. En ese momento, se escuchó una motocicleta llegando al lugar.

—¿Qué están haciendo?

—Atrapamos a una chica merodeando por acá —dijo otro chico que tenía un piercing en el labio inferior.

El recién llegado le dijo al rubio que la soltara, él le obedeció a regañadientes añadiendo una mueca a su rostro. Keileen se percató de que él muchacho tenía autoridad frente a los demás. Él era más alto que ella, por lo cual debía mirarla hacia abajo, su cabello era negro azabache y

su piel pálida. Usaba una camisa abotonada blanca, era de constitución delgada, pero a simple vista musculoso y su color de ojos no podía distinguirlo con facilidad a causa de los lentes.

—Sácate las gafas—dijo el chico.

La cantante se sintió intimidada, ¿acaso era verdad lo que acababa de escuchar? Keileen supuso que si no hacía lo que él quería terminaría muerta y era muy joven para morir y menos en manos de una pandilla buscapleitos como siempre le comentaron. Con temor, se sacó el accesorio y lo descubrió al mirarlo directamente hacia sus ojos pardos, que él era una pieza clave en su búsqueda de su anhelo, que aún le costaba descifrar por sí misma. Lo que ocurrió a continuación no pudo creerlo, pero ella juró que, aunque haya sido por milésimas de segundos él sonrió. Le pareció precioso el rostro del joven que parecía ser su héroe.

—Nadie tocará ¿a...? —dijo el chico dándose la vuelta y mirándola de reojo.

—Ofelia.

—Sí, seguramente ese es tu nombre —el chico se dio la vuelta para mirarla a sus ojos con una expresión de sarcasmo en su rostro.

—Oh esta bien, me llamo Keileen —la cantante frunció ligeramente su ceño.

—¡Nadie tocará a Keileen! —el chico volvió a dar un giro a la mitad en su eje para observar a sus amigos—vete.

Keileen obedeció y los chicos habían abierto el círculo para que ella pudiese salir. Sin embargo, se volteó en su eje por un impulso que sintió dentro de su fuero interno. Observó a su héroe como le gustaba llamarle.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo Keileen implorando que su voz le haya llegado a él.

—Aldric —dijo él.

De esa forma, Keileen salió de ese sector caminando con tranquilidad y con una sonrisa que nadie descubrió. Ella sabía que él era quien podría ayudarla a cumplir su deseo, quizás lo sintió al momento de que sus ojos se encontraron sin los lentes. ¿Habría sido eso? ¿O quizás sólo había sido una acorazonada o tal vez sólo habían sido ideas suyas?

Ahora que lo pensaba bien era de esperarse que cada ciudad tuviera un sector como la franja negra, todas las ciudades al fin y al cabo poseían

algo de aquello. Pero a pesar de eso, no se iría jamás de allí, puesto a que era un lugar como cualquier otro, sólo que tenía la particularidad de ser la ciudad de la música, debido a que de manera habitual hacían conciertos de toda clase de estilos musicales. Estaba ubicado en el país Wondour, que quedaba en el caribe. Por lo mismo, el clima era tropical y el sol no se dejaba esconder con facilidad. Las aves iban y venían produciendo sonidos melodiosos que alegraban la vida. Al vivir en pleno siglo XXI, la tecnología había hecho lo suyo producto de la globalización, por lo cual, hacían uso de las bondades de los avances tecnológicos. Ella sacó su celular y marcó a un taxi. Llegó a una avenida y el el automóvil ya la estaba esperando, se subió, pagó y se puso en marcha directo a su domicilio.